

La oración de los pobres

Por E. Armstrong

Quien busque definiciones del significado de orar puede encontrarlas en la mayoría de los textos religiosos, como en varios de mis trabajos donde aportó con algunos sentidos que, en los contextos aludidos, pueden ser de ayuda. Pero orar se refiere a un asunto tan elemental como esencial, a las formas de comunicarse con quien consideramos digno de nuestra veneración y confiados en contar con su clara disposición a escucharnos como a actuar por nosotros. En este nivel encontramos a Dios en su punto más alto, y luego, a quienes le rodean o son sus cercanos, en acuerdo a la fe que se practique.

La oración de los pobres se refiere al sentido de orar, el cual, por múltiples razones, es más fácil encontrarlo para los vulnerables y desvalidos que para quienes viven en la abundancia. Al parecer a mayor cantidad de recursos disponibles, menos tomamos en cuenta los dictados de la realidad que nos rodea ya que nos sentimos seguros, autónomos, independientes y dignos del mérito de hacernos ver más que otros, lo que se traduce en el frecuente intento por adaptar todo a conveniencia. No se trata de asuntos de ricos y pobres, ya que a todos nos pasa igual, y tendemos a comportarnos de la misma forma en acuerdo a las circunstancias que se enfrentan o que disfrutamos. Posiblemente, si el comportamiento del ser humano fuera observado desde la distancia, pareceríamos un rebaño de ovejas más que una comunidad de seres racionales; y sin un líder, el rebaño se pierde inequívocamente y se distancian del sentido de sus vidas, de su bienestar y de su paz. Dios ofrece su guía a quienes están dispuestos a escucharlo creando un nuevo lazo o alianza con los seres humanos, permite que cada persona pueda establecer contacto y comunicarse con Él desde su propio interior. Para asegurarse, nos dio un alma, la que guarda el Amor recibido de Dios al crearnos cuando fuimos gestados, la cual, como tal, contiene la plena

verdad de Dios dentro de nosotros. A partir del momento en que tenemos conciencia de Dios, el alma nos dispone a restablecer nuestros los lazos con Dios, y, en consecuencia, a compartir la vida si esta es nuestra voluntad. La facultad de orar, en consecuencia, es la facultad de hablar con Dios; y hablar con Dios, es mas que palabras, se refiere a la diversidad de formas en que podemos manifestarnos y relacionarnos, las cuales dependen de cada uno de nosotros.

Orar es invocar, es desear ver el mundo a travez de los ojos de Dios; es la voz de un hijo intentando llamar la atención de su padre; es aceptar que los buenos sueños debemos intentar hacerlos realidad, sabiendo que sin ayuda no será posible lograrlo; es no avergonzarse de ser menos que nuestros sueños y que otras personas; es aceptar la necesidad de superar lo que creemos ser, para llegar a ser mas; es entregarnos a quien reconocemos como un Padre eterno; es la canción de un alma agradecida; es el sonido de la razón sometido a los sentimientos del alma; es tomarse de una mano extendida para dar un paso hacia adelante, en el vacío; es danza para los pensamientos y orden para el alma; es alegría para la conciencia y paz en los pensamientos; es la voz que nos advierte que también nos habla en el silencio; es la expresión de lo que no puede esperar; es sentir la necesidad de cumplir algo pendiente ante quien siempre nos ha cumplido; es ocuparse acompañando mas que dialogando sobre lo que nos preocupa; es ofrecer nuestros desórdenes para buscar el orden; es encontrar soluciones a lo mas complejo en lo mas simple; es subordinar lo propio a lo ajeno que puede levantarnos; es compartir los sentimientos con palabras que buscan ser escuchadas; es ofrecer lo que hacemos para agradecer lo que ya recibimos; es la humilde expresión de quien cree en el poder de un alma que accede a su Creador.

La oración puede ser lo que hagamos de ella, y eso depende del sentido que le damos. Por lo tanto, también podemos convertirla en un sin sentido, como cuando oramos sin haber atendido a un conflicto pendiente, o a quien por causa nuestra aún permanece con el daño infringido. En palabras simples, la oración del inconsecuente es una burla, un insulto a Dios y a quienes le son fieles, demostrando sentir muy poca valoración por sí mismo. Similar es lo que ocurre considerando que orar también puede ser por medio de nuestro actuar, en función de lo que hacemos o dejamos de hacer planteado como una oración, un gesto de devoción muy noble y valioso ya que aporta construyendo con el ejemplo; pero, por lo mismo, si ocurre la inconsecuencia entre las palabras y los actos, se muestran los altos niveles que la bajeza humana puede alcanzar quien se disfraza bajo el nombre de Dios para ocultar

una vida insegura y vacía, que únicamente busca el reconocimiento de sus pares. Similar es lo que ocurre si ofrecemos orar por quienes han sido nuestras víctimas, sin haber reparado en los daños ni atender a las soluciones que nos piden o ameritan, esa forma de orar es irresponsable, un escándalo y una herida abierta a los ojos de Dios. La oración no es un instrumento de simulación y no se merece ser utilizada para buscar el engaño, como lo puede ser pretender endosar las responsabilidades de una solución a Dios por daños que nosotros hemos causado y que eludimos enfrentar, reconocer y reparar. Orar con las distorsionadas formas señaladas como ejemplos, es intentar invertir el orden natural, es impropio y ajeno a la rectitud moral, pero, mas que nada, es insultar a quien sufre y, de paso, insultar a Dios.

La oración no es un conjunto de palabras, y tampoco es una intención que puede liberarnos mecánicamente de responsabilidades, ya que es Dios quien puede liberar y no el ser humano. Asumir el rol de Dios, para ocultar inconsecuencias o actos previos efectuados contra la voluntad de Dios, es una falta grave, causando conductas cuyo ejemplo solo colabora a crear distancias y nuevas desconfianzas. Quien es un ser de bien no necesita decir lo que es, ni tener que intentar demostrarlo para buscar la credibilidad ajena. La oración es el instrumento de comunicación para quien busca la cercanía y el apoyo en Dios, no es un medio para quien busca ocultar sus debilidades y deseos detrás del nombre de Dios, lo cual es falsificar en el nombre de Dios. Orar es el rito en que nos expresamos sin máscaras ni caretas ante Dios.

El recto sentido de la oración es aquel que se dirige a Dios en consecuencia con su objetivo o causa, pero que nace del corazón mas humilde y sincero, del arrepentido, del desesperado, del necesitado, del vulnerable, pero siempre de quien reconoce mas que sus carencias a lo que ha recibido sin pedirlo ni merecerlo, y lo agradece.

Orar no es tan simple como hablar con Dios, ya que podemos hablar tanto de lo adecuado como de lo inadecuado. Pretender que Dios debe escuchar nuestras brutalidades o lo que pedimos, sin querer saber de consecuencias ni interesarnos por reconocer sus alcances, como si Dios estoicamente debiera soportar lo intolerable de nuestras contradicciones, inconsistencias o inconsecuencias, es un absurdo; eso sería como intentar humanizar a Dios por un lado y no comprender el significado de Su omnipotencia, a la luz de la realidad teológica del ser humano, la que solo puede ser comprendida desde una mirada: sobre el significado de la Cruz. La teología de la Cruz

demuestra su eterna vigencia, y en ella, hoy, en este momento, la Palabra se hace carne; eso significa que la Cruz está tan vigente hoy como siempre, por lo que toda palabra que pretenda interpretar o explicar nuestra relación y realidad con Dios, para ser encontrada, puede ser buscada en la humildad de una Cruz que viene hoy a dar sentido definitivo a toda forma de vida. Si quieres comprender un poco más sobre la Teología de la Cruz, puedes leer el libro *Esperanza*, donde hay capítulos dedicados a ella.

La oración cuya base y centro se han alejado de la Cruz y su significado, nos sirve menos que la efímera sensación de una briza pasajera, muestra un estado de ánimo más que una realidad transformadora. La Cruz entrega causas, motivos, circunstancias, razones y explicaciones a todo lo que podemos buscar y encontrar en Dios. Lo demás sobra, es un show, con buenas intenciones quizás, pero no pasa de ser lo que muestra su realidad: ficción o ilusiones.

Pedir orando, se refiere a cuando se alude directa o indirectamente, al hecho de invocar un milagro en nuestro favor, sea para sí o para otro beneficiario. Es atendible, y puede ser el reflejo de una sincera humildad, pero los milagros son la excepción y no lo frecuente en nuestra relación con Dios; además, pedir la intervención en lo que puede o exige ser de una competencia del ser humano, no parece adecuado ni posible, salvo en excepciones. Para algunas personas orar se asemeja a una forma de negociar o comerciar con Dios, buscando crear una presión moral ante el esfuerzo o sacrificio realizado para pedir o exigir lo que se desea. Pero la relación con Dios no opera bajo nuestras presiones arbitrarias, ni tampoco ante supuestas condiciones que más parecen transacciones, lo cual puede ser tan piadoso como irreal, ya que hacerlo como permitirlo, refleja una pobreza intelectual a la altura de la miseria teológica de quien evita mostrar la realidad cuando cree que la oportunidad ofrece mayores beneficios. Un error muy frecuente a lo largo de nuestra historia, bajo el cual se ha justificado imputar a la acción y voluntad de Dios los resultados adversos a los buscados, sentando las bases de la teología que sostiene perversamente que, si Dios permite un mal es porque podremos obtener de éste un bien superior; indirectamente, o solapadamente, esta corriente ha estado señalando a Dios como responsable de todos los males y sufrimientos que padece el ser humano, justificando a los victimarios de otros seres humanos. Una falacia impresentable, pero teológicamente sostenida por autoridades académicas de grandes universidades.

Regresando a nuestro tema central, podemos ver que orar no es el primer paso en el acercamiento personal a Dios, como tendemos a creerlo; lo primero es darnos cuenta de la realidad en la cual vivimos; lo segundo es comenzar a reconocer quienes somos; lo tercero es valorarnos al apreciar todo lo que hemos tenido sin merecerlo; lo cuarto es atender a reconocer el sentirse agradecido; lo quinto es comenzar a mirar con otros ojos lo que nos rodea, como oportunidades de expresar nuestro Amor; lo sexto es decidirse a actuar donde creemos poder llegar a ser una pequeña ayuda, participando de una necesidad ajena; y lo séptimo es perseverar, aún cuando enfrentemos la impotencia y la frustración de no poder dar lo que quisiéramos. Recién en esta etapa del proceso es cuando acudir a la oración aparece como una necesidad y no como opción, como una invocación y no como una solución, como buscar hacernos uno en nuestras voluntades, especialmente las tres esenciales: la del necesitado, las de quien ora y la de Dios. ¿Y todo para qué? Para llegar a aceptar un desenlace que puede traducirse en la gracia recibida por haber hecho todos, todo lo posible. La omnipotencia de un crucificado es la de Su libertad clavada a la realidad de su Cruz. Para nosotros, no todo es ni será posible y esto es condición natural para que exista la vida y el Amor, pero todo es mejor y mucho mas maravilloso cuando nos enfrentamos a la incertidumbre unidos y confiados, sintiendo que juntos todo lo podremos superar. El poder de la oración es el de la unión que está al servicio de los que luchan y no de los pasivos e indiferentes, porque aprender a vivir es aprender a luchar, a como luchar, y principalmente, porqué o para qué tendremos que luchar.

Cada cual determina libremente por qué lucha, sus causas y motivos superiores o sus preferencias, sean estas sobrevivir, trabajar, estudiar, entrenar, practicar, y tantas causas mas que son innumerables. Lo que no todos atienden es para qué realizamos tantos esfuerzos, o en otras palabras, cuales son los resultados y consecuencias mas previsibles y probables de aquello que son mis actuales prioridades. La vida no se trata únicamente de intentar hacer lo correcto, lo conveniente, lo oportuno, o lo posible porque estuvo a nuestro alcance, hablamos de mas que todo eso, de la felicidad, de como es posible sentirse mas realizado, mas acompañado y comprendido, o sea, mas integrado y vinculado a las aspiraciones para la vida que estamos llevando en el día a día.

Es correcto pensar que de todo podemos hacer una oración, hasta del llanto o el trabajo, o un padecimiento puede ser oración si lo ofrecemos, pero cumpliendo con lo mínimo que está determinado por la mecánica del Amor. Me refiero a los procesos o condiciones que necesita todo acto nuestro para

ser Amor y no un simple acto de buena voluntad, muy valioso por cierto, pero ajeno al Amor. Pedir no es un acto de Amor, pedir por otro a costo ajeno tampoco es Amor, pedir algo por lo cual no hemos efectuado todo lo posible antes, tampoco es Amor; insistir de forma majadera cuando no actuamos en consecuencia, es ajeno al Amor y estéril; repetir palabras que ni siquiera ya escuchamos, para ser escuchados u obtener un favor, no tiene nada de Amor; la lista es interminable, sin embargo lo central es simple: ocupémonos del Amor y lo demás lo obtendremos por añadidura.

El objetivo de la oración es la vida, es la relación vinculante entre Dios y el ser humano; pero se vive actuando, participando de lo que nos rodea y especialmente de lo mas cercano y cotidiano. Vive quien está inmerso en los acontecimientos que le permiten participar, por medio de los cuales puede manifestar su capacidad de Amar. Amar es dar hasta que duela para unos, y dar desde que duela, para otros; sin embargo, también hay a quien le ha significado darlo todo.

Al relacionar la oración con el Amor, adherimos a lo que es propio del Amor: orar no es asunto de cuanto, pero si del como, además, no se trata de lo que busquemos obtener, si no de para qué lo pedimos. Orar es manifestar el deseo de que se actúe de alguna forma, intercediendo o interviniendo en favor del afectado, lo cual también nos exige cumplir con el rito sagrado para ser escuchados ante una manifiesta expresión de Amor y nada mas: la verdad de la oración es que invoca un poder, el de Dios, el del Amor, y, por lo tanto, es desde la mayor humildad posible que podemos acceder a sus infinitos beneficios. Por lo tanto, la oración es la cuerda que une el Amor de los seres humanos al Amor de Dios. Ella es un estado del alma, una sintonía de voluntades, una expresión del Amor mutuo, porque orar es sencillamente, pensar a Dios.

Son la forma y los objetivos de la oración, los cuales establecen una relación con Dios y mediante los cuales se predetermina el resultado, mas de lo que nos es posible imaginar. Dios ha establecido las condiciones en la misma naturaleza para asegurarse de que nuestra libertad sea completa y nuestra voluntad total. Ahora, cuando todo nos ha sido dado, todo depende en gran medida de cada persona y no de las circunstancias. Estableciéndose la naturaleza de lo que es propio o ajeno a Dios, pretender alterar lo que Dios ha creado no tiene sentido, pero alterar una consecuencia de lo creado puede tenerlo en ocasiones, especialmente si se busca intervenir en favor del Amor. Atendiendo que lo que vemos en la vida son circunstancias y no necesariamente el resultado de voluntades, todo lo que nos afecta es posible

interpretarlo como oportunidades de participar al colaborar compartiendo lo mejor que disponemos, nuestro Amor.

La oración puede contener tanto poder como el Amor que depositamos en ella. Y la historia se repite, al final, lo que representa la ausencia de poder al invocar con humildad al Amor, a una manifestación de la presencia de Dios, hacemos de la oración un instrumento preferido por quienes buscan a Dios.

Finalmente, antes de terminar, quisiera destacar otro aspecto de la oración en relación al Amor, el cual señala que su fuerza parece aumentar cuando el acto es realizado por medio de la participación colectiva. Pero el Amor no es cuantificable por lo que no puede aumentar, o lo hay o no lo hay, no puede ser mucho o poco, por lo que para la oración debiera ocurrir lo mismo. Sin embargo ocurre que su fuerza parece incrementarse cuando aumentan las almas que la invocan al unísono. El Amor es uno y único, como también expresión personal, y por definición este no se altera ante la unión que pueda establecer la oración colectiva o comunitaria, pero si es posible ver como al participar unidos logramos percibir su presencia con mayor fuerza.

El Amor es lo que nos muestra los alcances de la relación que Dios establece con el ser humano, la oración representa las múltiples formas de invocarla, para establecer un diálogo con Dios. La oración, es el vínculo que busca una relación entre el ser humano y Dios, bajo las formas de la palabra como medio de comunicación entre dos personas. Pero al depender del Amor, la efectividad de la oración no depende de lo pedido si no de lo que damos, ya que dar, se refiere a lo que se posee, y no a ofrecer lo que otro posee a costo de otro, lo cual sería injusto.

Orar es hablar en familia, representa la forma preferida para relacionarnos al expresar lo que nos afecta y ocupa. Nuestra oración es el reflejo del vínculo que deseamos restablecer con Dios, es personal y única, es querida y apreciada, ya que libremente muestra lo que buscamos: el encuentro con lo que fue separado.